
LAS CELEBRACIONES EN CHILE POR EL TRIUNFO EN LA BATALLA DE YUNGAY POR EDUARDO ARRIAGADA ALJARO*

La batalla de Yungay tiene un significado muy especial en la historia de Chile. Con este triunfo chileno y peruano en las mismas tierras del antiguo Virreinato, culmina la primera de las guerras internacionales que sostuvo nuestro país durante el siglo XIX, y también durante su historia.

La Guerra contra la Confederación Peruano – Boliviana no tuvo un propósito de conquista de territorio extranjero, sino la finalidad de disolver una construcción política –la mencionada Confederación--, que significaba una amenaza a la existencia de Chile como nación independiente.

No cabe duda que la creación de esa entidad fue una empresa genial del destacado estadista boliviano del siglo XIX, Andrés de Santa Cruz, quien se caracterizó no sólo por ser un gran militar, sino que un político muy visionario. Desgraciadamente, su proyecto iba necesariamente a amenazar la soberanía de nuestro país, tarde o temprano.

Ello fue advertido por el ministro Diego Portales, quien concibió a la Confederación Peruano – Boliviana como un peligro para Chile. Entonces se afanó en armar una fuerza que fuera al norte a desarmar ese estado; y precisamente en esos afanes encontró la muerte. El fallecimiento del ministro caló hondo en la sociedad chilena contemporánea, la cual entonces tomó conciencia del peligro que acechaba al país.

Se envió una primera expedición comandada por el almirante Manuel Blanco Encalada y que operó en tierras peruanas durante el año de 1837. Sin embargo, esta empresa militar resultó fallida y tanto Blanco como sus hombres regresaron a Chile sin haber logrado su objetivo.

Tanto el Estado de Chile como la sociedad chilena repudiaron el Tratado de Paucarpata – firmado por Santa Cruz y Blanco Encalada--, y se volvió a armar una segunda expedición que fue comandada por el general Manuel Bulnes Prieto. Esta segunda empresa militar logró su cometido político y militar, mediante sus operaciones en territorio peruano y, muy especialmente, en esta batalla que tuvo lugar en plena sierra peruana, el 20 de enero de 1839.

Hay que ponerse en el lugar de las autoridades chilenas y del común de los chilenos de aquella época, para advertir la incertidumbre que reinó en nuestro país durante el año de 1838 y los primeros meses de 1839, respecto del resultado de esta segunda expedición.

* Licenciado en Historia UC, Magíster en Historia Militar y Pensamiento Estratégico ACAGUE, e investigador de la Academia de Historia Militar.

No hay que olvidar que para entonces Chile daba sus primeros pasos como nación independiente. Durante el largo período colonial había sido una humilde capitania general en el marco de los dominios de la Corona de España en América. Durante casi tres siglos había constituido una posesión muy pobre y que bien poco aportaba al tesoro del Rey de España; más bien, durante los siglos XVI y XVII representó un lastre para la Monarquía y solo en el siglo XVIII pudo prosperar, aunque en forma muy modesta. En cambio, el Virreinato del Perú se caracterizó por ser la posesión más rica del Rey de España en América durante los siglos XVI y XVII, y que aportaba la mayor parte del tesoro americano que iba a la península, especialmente a través de la actividad minera argentífera, cuyo principal emblema fue el cerro rico de Potosí. Durante el siglo XVIII, el Virreinato de Nueva España – actuales territorios de México y Centroamérica—tomará la delantera en cuanto a ser la posesión española más rica en América, siempre en torno a la minería de la plata, dejando al Perú en una segunda posición. Pero ello no le quitó al Virreinato peruano su fama de ser un territorio próspero y poderoso.

Pero el anterior balance de poder en la América española –y, en especial, en Sudamérica—comenzó a cambiar muy lentamente con las guerras de independencia hispanoamericanas.

Perú emergió a la vida independiente con la ayuda de las demás naciones americanas, entre las cuales Chile cumplió un papel fundamental, al organizar la Expedición Libertadora que lideró el general José de San Martín, cuyo coste económico y humano recayó principalmente en el Estado chileno y en la sociedad chilena de la época. Dicha expedición comenzó con el proceso de liberación del Perú del dominio español, el cual fue finalmente terminado por el otro gran prócer americano, el general venezolano Simón Bolívar y sus tropas venidas de la Gran Colombia.

Por su parte, Chile emergió a la vida independiente luego de un largo proceso político y militar que partió en 1808 y sólo terminó en 1826, con la incorporación del territorio de Chiloé. Pero lo hizo en condiciones bastante distintas al Perú, pues su territorio era mucho más pequeño que el peruano y su sociedad bastante más homogénea. Luego de un período de ensayos constitucionales –entre los años 1823 y 1830--, pudo regularizar su vida política, económica y social. Y, a solo seis años de funcionamiento de su nueva institucionalidad, este pequeño país tuvo que enfrentar a ese coloso político que lo amenazaba desde el norte.

Precisamente esto explica la ansiedad que había en Chile por conocer el resultado de la expedición comandada por Manuel Bulnes.

Gonzalo Bulnes, el mismo autor de la obra más célebre que relata la Guerra del Pacífico, y quien también escribió una de las obras más clásicas acerca de la Guerra contra la Confederación, dice al respecto:

“Entretanto el coronel Urriola que llevó a Chile la primera noticia de Yungay, había sido recibido con el agasajo y entusiasmo debidos a su comisión. A la inquietud de la lucha sucedía el alborozo del triunfo. El Gobierno se hizo órgano del sentimiento público, otorgando un ascenso general a todos los oficiales vencedores;

permitiéndoles aceptar la colocación que Gamarra les ofreció en el ejército peruano, a la vez que el título de gran mariscal de Ancach dado al general Bulnes en el ‘campo de batalla’, y el del general de división del Perú, al ilustre general chileno don José María de la Cruz.”

Como se puede apreciar, los primeros reconocimientos fueron a los militares chilenos que combatieron en el norte para devolver al Perú su libertad y soberanía, y, de paso, asegurar la existencia de Chile como país libre e independiente. Esto no es menor, dada las muy difíciles condiciones en que nuestros hombres debieron operar y combatir en el territorio peruano. Sin embargo, su empuje y su patriotismo pudo vencer esas dificultades.

Continúa el mismo autor:

“Todas las clases sociales rivalizaron en entusiasmo por el triunfo y en gratitud a los vencedores. El Gobierno, que se sentía abrumado con la responsabilidad de esa guerra, y que según su propia confesión, no podía mirar al porvenir sin la más viva inquietud, tenía doble motivo para celebrar esa victoria que levantaba el crédito de Chile en el exterior y su propio crédito en el interior.”

Lo anterior refrenda lo que ya se afirmó: las autoridades chilenas se habían involucrado en una empresa militar de grandes proporciones y cuyo resultado era incierto; se jugaban su prestigio en el exterior y su ascendiente entre la población chilena.

Más adelante se menciona:

“Su entusiasmo no tuvo límites cuando se impuso de todos los detalles del sangriento y disputado triunfo: decretó el indulto de la cuarta parte de la condena de todos los reos rematados de la República: ordenó que se regalase al vencedor una espada de oro con empuñadura de brillantes: que se erigiese a la entrada de Santiago, por el camino de Valparaíso, un barrio con el nombre de Yungay, y en él un arco de triunfo con la siguiente inscripción:

*‘El pueblo chileno
consagra
este monumento
a la gloria
del Ejército de Chile
que, bajo el mando del General Bulnes,
hizo la campaña del Perú
y triunfó en
Yungay*

en 20 de enero de 1839”

Como se puede advertir, era necesario derramar sobre los chilenos la alegría por este gran triunfo, la cual llegó hasta los mismos presos por la justicia y también se encarnó en un

nuevo sector urbano de la capital, que con el pasar de las décadas se transformó en el hogar de la clase media chilena.

También el gobierno chileno envió al ejército del general Bulnes una comunicación que revela sus sinceros sentimientos de alegría y de reconocimiento a esos connacionales que lucharon muy lejos de su terruño:

“Por el oficio de V.S., fecha 20 del pasado, ha llegado a noticia del Gobierno la espléndida victoria obtenida por el ejército Restaurador sobre las tropas enemigas en el campo de Yungay. La magnitud de este triunfo, timbre excelso de las armas nacionales, puede solo compararse a la importancia inmensa de los intereses que estaban vinculados en él y a la bravura incomparable de ese ejército que bajo la dirección de V.S. se ha hecho el orgullo, el ornamento más precioso de la República. El pueblo de Chile, sumido en el más puro y exaltado regocijo, tributa a esa porción preciosa de ciudadanos que militan por la causa común, el tierno reconocimiento que le inspiran sus sacrificios, y celebra con trasportes de entusiasmo la gloria inmarcesible de que se ha cubierto. Constituido por mi posición en órgano, de estos sentimientos, tengo la grata satisfacción de asegurar que mientras el gobierno prepara los premios que se deben a tan ilustres defensores, puede V.S. y el benemérito ejército que lo obedece contar con la eterna gratitud de un pueblo agradecido.”

Claramente se ve a un gobierno y a una nación —en suma, un país entero—plenamente agradecidos de los hombres de armas que combatieron en esta guerra. Hay un claro reconocimiento de la sociedad civil hacia sus militares, que con tanto sacrificio y abnegación de desempeñaron fuera de su país.

Volviendo al relato de Gonzalo Bulnes, este señala:

“Las Municipalidades de toda la República se reunían espontáneamente para hacer llegar a Bulnes la expresión de su agradecimiento y patriotismo, distinguiéndose entre ellas las de Santa Rosa, de San Felipe, de Quillota, de la Ligua, de Petorca, de San Fernando, de Chillán, de San Antonio. La de Valparaíso acordaba dar un baile en su honor: la aldea de Larqui cambiaba su nombre por el de Bulnes. Los hombres de todos los partidos le hacían llegar sus felicitaciones; desde Beauchef y Viel, hasta el dictador Rosas.”

Se puede apreciar que el alborozo era general en todo el Chile de esa época y transversal a las posiciones políticas. Hay que recordar que hacía solo unos años el país había pasado por la Revolución de 1829 – 1830, en la cual se enfrentaron liberales y conservadores, obteniendo estos últimos el triunfo, pero dejando a una sociedad dividida políticamente. Con ocasión de la victoria militar en Yungay, había llegado la hora de celebrar todos juntos. Precisamente esta situación había calado hondo en el alma del General Manuel Bulnes, quien aprovechó la victoria para un fin muy patriótico. Dice al respecto Gonzalo Bulnes:

“El Presidente Prieto le había escrito manifestándole que deseaba que solicitase algo para manifestarle su agradecimiento por un hecho concreto. Bulnes se contentó con pedir la reincorporación de los oficiales dados de baja por la revolución de 1830 y en efecto, a los pocos días, expidió un decreto dando de alta en el ejército a los generales don Francisco Antonio Pinto y don Francisco de la Lastra”.

Pronto vino el regreso del general Manuel Bulnes y sus hombres a Chile. Su primer recibimiento fue en Valparaíso y lo relata Gonzalo Bulnes de la siguiente manera:

“El desembarco de la segunda división y del general en jefe en Valparaíso, tuvo lugar en medio de la ovación popular más entusiasta. El pueblo en masa, confundidos los rangos sociales, se precipitó al paso del vencedor de Yungay, agitando sus pañuelos, atronando el aire con sus vivas, cubriéndole de flores. Do quiera que se le viese, su camino era invadido por el pueblo y saludado con los más frenéticos aplausos.”

Pero faltaba el recibimiento en la capital, el cual fue aún más impresionante:

“Era el 19 de noviembre. La primavera comenzaba a vestir los árboles con su ropaje matizado y pintoresco. La ciudad se vestía de gala. El pabellón nacional ondeaba al frente de todas las casas, mientras en la Alameda una multitud compacta, aguardaba ansiosa el momento en que asomasen las primeras columnas del ejército. Entre los álamos se habían colocado palcos, adornados con guirnaldas de flores, para las alumnas de todos los colegios, y varios arcos triunfales realzados con versos alusivos a la campaña trazaban el camino que recorrerían los vencedores. Al pie de estos arcos o bajo de ellos, se agitaba una multitud inquieta, compacta, compuesta de todo lo que tenía Santiago de más alto y de más bajo, desde el centro hasta el arrabal. Todas las categorías sociales se borraban por un momento y se refundían, por decirlo así, dentro de la gran idea de patria.”

Agrega luego el mismo autor:

“Entretanto, el general Bulnes que había alojado la noche anterior en la finca de don Francisco Ruiz Tagle, adonde había ido a buscarlo una comisión de ciudadanos, entre quienes se encontraba el Presidente Prieto, asomaba a medio día, en uno de los extremos de la alameda, a la cabeza de sus soldados, montando en su caballo de batalla, fiel compañero de su angustias y peligros. Simultáneamente rompieron la marcha triunfal todas las bandas de música: las alumnas de todos los colegios, vestidas de fiesta, entonaron a una voz la canción de Yungay, a que hacía coro la multitud con ese aplauso unísono pero discordante como el entusiasmo popular. En pos de Bulnes desfilaron todos los cuerpos de la segunda división, y a medida que se presentaba cada uno, los ‘¡vivas!’ redoblaban; al mismo tiempo las familias de los soldados, rompiendo las filas, se abrazaban de sus deudos, y formaban escenas en que el amor y el patriotismo se confundían en un solo sentimiento de alegría.”

Por último, Gonzalo Bulnes finaliza su descripción de esta fiesta cívica y colectiva indicando:

“No faltaron en ese momento episodios dolorosos que, como una nota discordante, vinieron a turbar el eco de ese concierto entusiasta; eran las familias de las víctimas, que se acercaban a las filas a indagar los detalles de su desgracia, y cuyos llantos lastimeros se confundían con las exclamaciones frenéticas de la multitud. La larga fila de los vencedores, envuelta en ese océano humano, cubierta de flores, estrechada con efusión, encontraba dificultad para avanzar. La gritase redoblaba cuando aparecía alguno de esos personajes idealizado por la imaginación popular, como el sargento Candelaria, como el coronel Baquedano, cuya faz tostada sobresalía de la fila de sus arrogantes Cazadores. Maturana, hacía desfilar sus piezas lucientes que tantas veces había empañado en el combate, y los jefes de los batallones de infantería rompían esas olas humanas al son de los aires marciales que los habían conducido al sacrificio y a la victoria. Así llegaron hasta la Plaza de la Independencia, de donde se retiraron a sus respectivos cuarteles a deponer sus armas victoriosas.”

De esta forma finalizaba una de las celebraciones cívicas más importantes del siglo XIX chileno y, por qué no decirlo, de nuestra historia republicana. El triunfo obtenido en Yungay ayudaría a afianzar el sentimiento de nación entre los chilenos. Hasta entonces, el proceso político iniciado en 1810 había sido conducido por la aristocracia chilena –especialmente de la Santiago--, mientras que los sectores sociales populares habían tenido un papel de obediencia y más bien de espectadores. Con la Guerra contra la Confederación Peruano – Boliviana, ese mismo pueblo tomaba ahora un papel protagónico, lo cual se advierte no solo entre la tropa del ejército comandado por el General Bulnes, sino en las mismas celebraciones que tuvieron lugar en Valparaíso y en la capital.

Una pequeña nación hispanoamericana comenzaba su devenir histórico y republicano durante el siglo XIX, con una identidad propia y un destino muy promisorio.